

La gran velada

Beatriz Eugenia Arellano Espinoza

Lingüística y literatura hispánica

beatriz.arellano@alumno.buap.mx

Era una tarde lluviosa de otoño, de esas en las que los recuerdos invaden tu mente, te llenan de nostalgia y quieres detener el tiempo para seguir sintiendo cada una de las emociones que evocan los recuerdos. Sin embargo, era uno de los días más importantes en la vida de Raquel, esta noche a sus cortos, pero muy bien vividos 24 años, daría el más importante de sus recitales de violín, toda una vida de estudio, de práctica y de esfuerzo, por fin daría frutos y demostraría cada una de sus habilidades. El recital se llevaría a cabo en el auditorio central del conservatorio de música, invito a sus padres, a sus amigos y a algunos compañeros de clase. La cita estaba marcada a las siete treinta de la noche, por lo que Raquel llegaría más temprano para tener todo listo, ensayar un poco, afinar detalles y alistarse. Ya con todo listo, aprovecho para asomarse por una esquina del telón, notando que poco a poco el gran auditorio estaba llegando a su capacidad total. Luego de unos minutos y de un silencio que para ella fue eterno, llegó el gran momento, subió con seguridad y firmeza, se colocó al centro y observo con detenimiento esa gran sala llena de gente que estaba ahí para escuchar la interpretación de esa noche. Sin embargo, una preciosa mujer del público que llegaba tarde, llamo su atención, era alta, con un cabello lacio que asemejaba a la seda, brazos

y manos largas y delicadas que sobresalían de una especie de abrigo abierto como una capa, con una calma impresionante incluso parecía que el tiempo se detenía a su caminar. Raquel reaccionó, dejó de observar a esa inigualable mujer con la esperanza de verla, al terminar el evento, tomo aire, se colocó en posición para tocar y comenzó a interpretar obras de grandes violinistas, Vivaldi, Sarasate, Menuhin y su favorito, Paganini, siendo este a quien interpretaría para el gran final, Raquel amaba los retos y había estado preparándose para esto toda su vida así que decidió cerrar con lo que para muchos era la pieza más compleja de este fabuloso artista, 24 Caprices, se posicionó y comenzó a tocar. Desde su forma de agarrar el instrumento se podía sentir la pasión que desprendía, podía sentir como si estuviera viendo una película de toda su vida al escuchar su violín, en cada nota una

chispa, en cada chispa una memoria y en cada memoria una parte de su alma. Terminó aquella interpretación mágica, escucho todos los aplausos, los llantos y vio las flores que llovían, bajo del escenario y se acercó a la bella mujer que la invitaba a la salida, camino con ella e ignoro al resto, nunca se dio cuenta de que su cuerpo nunca dejó el escenario, había dejado este mundo haciendo lo que más amaba, tocar violín. ●

